Los Contemporáneos

Número extraordinario

El collar de María Antonieta

NOVELA POR

Diego San José

10 Cénts.

PILOSUBLIMADO

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la **Calvicie**, la **Tiña Pelada** y las **Canas**. Venta: en **Farmacias**, Perfumerías y **Droguerías**.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA

Las Hadas del mar envidian
el perfil de tu figura;
el ruiseñor, en la selva
canta una oda a tu hermosura
porque saben que te aseas
con productos PECA CURA.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color moreno (siete matices), rosa o blanco, 2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 petas., según frasco. PROBAD los jabones, PROBAD los polvos color moreno (siete matices), rosa blanco, serie "*Ideal*", perfumes: ROSA DE JERICÓ, *Admirable*, MATINAL, *Rosa*, GINESTA, *Chipre*, ROCÍO FLOR, *Mimosa*, VÉRTIGO, ACACIA, MUGUET, *Clavel*, VIOLETA, *Jazmín*, 3 pesetas pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los supera, NINGUNO los iguala en perfume, clase ni presentación. Ultimas creaciones de **CORTÉS HERMANOS.**—BARCELONA

Los Contemporáneos
Año XI.—Núm. 563.
16 Octubre 1919

DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

EL COLLAR DE MARIA ANTONIETA

PROEMIO

María Antonieta cayó en la Corte de Francia el 7 de Mayo de 1770 como una flor sencilla en medio de una ciénaga.

La pureza de sus costumbres y la diafanidad de sus pensamientos asentaban muy mal donde la intriga y la impudicia tenían su más reverenciado culto.

El viejo rey Luis decía una tarde en que haciendo unos pinicos de galán enamorado paseaba sus irremediables achaques del brazo de la Du Barry:

—Mal viaje me parece que ha hecho esta muchacha. Como no mude el carácter, tengo para mí que se va a morir de aburrimiento. No es la Corte bocado para todos los paladares. Yo sé que ella no me quiere bien; mas no penséis que ello me enfade, ni que tenga determinado reprendérselo, que en sabiendo que vos me queréis, ya pueden asegurarme que la Francia entera me odia.

El asma le atacó en aquel instante, cortándole la galanura de las frases y la firmeza en el andar.

La regia favorita, ascendida hasta la categoría de esposa, hizo alto en el paseo y dió al lividinoso anciano toda suerte de seguridades respecto al amor que por él sentía.

—¡Pobre rubita!—exclamaba la morganática soberana.—¿Qué sabe ella de estas lindas cosas de la Corte, si hasta hoy no vió más cielo ni más tierra que los de su rincón austriaco? Si no fuese de sangre real, serviría de muy poco en el mundo. Con esa figurita menuda y apocada no se va

más que al sermón; no tuvo mucho gusto vuestro Luis.

A este tiempo, por una alamedilla en flor saliéronles al paso unas damas y fuéles preciso abandonar la íntima murmuración para emprenderla con otras personas de inferior empaque a fin de que la gente disfrutara...

El ingenio y vivacidad de la *rubita* fué un arma mal recibida, donde precisamente el ingenio engarzado en maledicencia esgrimíase maestramente, y a cada paso reñíase con él encarnizadas contiendas.

Orgulloso de ello podía mostrarse el abate Verdmont, que tan sutilmente supo adiestrarla en la escuela excéptico-irónica, que tantos y tan insignes prosélitos tenía en aquella edad.

Pero, acaso, el continuado empleo de la sátira fué para la joven princesa como arma arrojadiza que se torna contra quien la dispara, y ello, entiendo que por no hacer uso constante de tal sistema más que cuando tenía forzosa necesidad de responder a alguna intemperancia.

Hubiera en toda ocasión zaherido al prójimo, como suele ser uso y costumbre, así en grandes como en plebeyos, y sus frases pasaran a las antologías de la maledicencia en forma banal e inofensiva luego de haberse apagado el eco de la voz; pero fustigando con cordón de seda sobre llagas abiertas, enconábase la herida, y el que en justicia recibía el latigazo quedábale perenne el dolor y no perdonaba nunca.

La sencillez en las costumbres de la angelical princesa era otro pecado para vivir en la corrompida Corte de Versalles.

Cuéntase a este propósito (y es cosa que viene aquí como anillo al dedo, para pintar la perversión moral de aquellas gentes, y hasta qué punto era simpática S. A.) que habiendo tenido un día capricho de presenciar la salida del Sol, esperó hasta el amanecer acompañada de toda la Corte, excepto del *Delfín*, que tenía la buena costumbre de recogerse temprano.

A los pocos días publicábase en París un libelo infamante (el primero que hubo de salir de las prensas secretas de Palacio), en el que decíase que María Antonieta, burlando la familia real, habíase internado por lo más frondoso de los jardines, aunque no ciertamente sin compañía...

I

BOEHMRO

Sin duda que para nadie fué tan funesta la muerte del anciano y galante Luis XV como para los joyeros de la Corona de Francia, Boehmro y Bessange.

Muchos meses había que era su más constante y delicado trabajo la construcción de un hermosísimo collar de fabuloso valor, destinado a resaltar la espléndida belleza de madame Du Barry, pero llegó la muerte y todo lo trastornó.

La favorita comenzó a declinar su prestigio y la compra de la valiosísima joya quedó sin efecto.

Los apurados artífices no vieron

otra solución (y cierto que era la más razonable de cuantas pudieran pensar) que ofrecerla a la reina.

Y halagados con esta idea consoláronse un tanto del retraso habido en el negocio.

Mas Boehmro no atrevíase a hacer el ofrecimiento de por sí, temiendo que la soberana le respondiese con evasivas, sino que buscó quien le allanase el camino.

Cierta mañana, a la hora de audiencia, procuró encontrarse con madame Campán, primera azafata de S. M.

—¿Cuándo me dáis licencia—preguntóla muy galán y cortesano—para besaros los pies?

—¿No más que para besarme los pies?—respondió la dama.—Tomad ahora la mano, y luego de la *toilette* de S. M., dentro de una hora, pasad a mi aposento.

—Ello es para tratar de cierto asunto que puede redundar muy en beneficio de entrambos—replicó el diamantista.—Vos sabéis que poseo un riquísimo collar, en cuya construcción empleé casi toda mi fortuna.

—Ya sé—atajóle la azafata.—El mismo que destinábais a la Du Barry. Pero después hablaremos más detenidamente, que ello no es asunto para tratado de prisa ni en estos lugares. Hasta después; ya sabéis el camino de mis habitaciones...

Quedó el joyero brujuleando de gozo y dando a entender que andaba en tratos del famoso prendido cerca de SS. MM.

***

A la hora que fué marcada para la entrevista estaba Mr. Boehmro haciéndose anunciar a la camarista mayor de María Antonieta.

Poco hacía que la tal llegara del regio aposento.

—Sois un reloj. Pocos habrá de ellos que marquen las horas con tanta exactitud—dijo graciosamente la azafata.

—Cuando nos espera una dama, casi todos los hombres damos a los relojes lección de puntualidad—respondió galantemente el joyero.

Apareció M. Campán, diciendo burlonamente:

—Muy bien; miren qué cuadro más edificante para un marido; el señor diamantista de Palacio en coloquio con mi mujer.

—Ya sabe M. Campán—replicó el diamantista—que este honesto ciudadano no quiere otras joyas que aquellas que por derecho propio son suyas.

Luego de estos inocentes escarceos Boehmro abordó el punto enteramente serio de la cuestión y habló de esta manera:

—Señora, os dije esta mañana en la antecámara de la reina que había menester hablaros de un asunto que podría redundar en grande beneficio para entrambos.

—Os referís al primoroso collar de diamantes.

—En el que mi consocio M. Benange y yo hemos empleado toda nuestra fortuna.

—Pues esa alhaja—preguntó M. Campán—¿no la destinábais a madame Du Barry?

—Así era—respondió compungido el joyero—, pero vino la muerte, llevóse al rey Luis (q. D. h.) y aquí tenéis, señor, que nuestra fortuna, y con ella nuestra tranquilidad futura, quedaron como quien dice en el aire.

—Quebradizo negocio tiene de ser este de las joyas.

—Así acontece que las joyas se ganan por las mujeres, y éstas suelen perderse por las joyas; pero, en fin, si gustáis, demos de lado a las divagaciones y vamos a lo que más nos importa. El collar.

—No lo olvidamos.

—Pues he pensado, señores míos, que nadie mejor que vuestras señorías pueden sacarme de este apuro, y al mismo tiempo procurarse unas docenas de miles de francos, que no es justo (y esto lo digo para que no me rehuséis el ofrecimiento) que para hacer el bien del prójimo trabaje gratis otro prójimo.

—¿Pasando por intermediarios...?

—Cerca de SS. MM. ¿Quién con más autoridad que madama, que por su extraordinaria simpatía ha llegado a ser su verdadera confidente?

—Ciertamente que S. M. me hace la honra de distinguirme con su más alta estimación, pero, no sé yo, si esto me da derecho precisamente por esa misma deferencia, a mezclarme en asunto de tanta importancia.

Asintió M. Campán y prosiguió por su parte, autorizando con las suyas, las palabras de su cónyuge.

—Aparte de que no es para nosotros acicate de la codicia el tomar en cuenta vuestros generosos ofrecimientos por nuestra modesta intervención, ni creo que sea esta la ocasión más propicia para llevarle a cabo, puesto que por los apuros que ahora atraviesa el Estado, más está la Corte para economías que para gastos. Así es, que me tomo la libertad de aconsejaros lealmente, que esperéis mejor ocasión. Advirtiéndoos de antemano, por si miráis a procuraros nuevos auxiliares, que no sabemos si habrá en todo palacio quien se comprometa a ello.

—Entonces, quiere decirse...

—Que en otra cosa nos tenéis enteramente a vuestro mandato, y muy honrados con serviros.

—Ahora, nuestra conciencia de buenos franceses, nos dice que sería una infamia el proponer al trono la compra de una alhaja de tan subido precio, mientras que el pueblo tiene hambre.

Visiblemente contrariado alzóse de su asiento el artífice, y levantáronse también para despedirle los dos esposos.

Ceremoniosamente besó Boehmro la diestra de madama, e inclinándose ante el caballero salió de la estancia.

Murmuraba entre dientes mientras cruzaba los aposentos de la camarista:

—Palaciegos y con escrúpulos, no medrarán mucho, y ¡vive Dios! que el día en que les vea caídos me holgaré tanto de ello como si hubiese tenido la suerte de vender el collar. Afortunadamente no me faltará quien se preste a la empresa, que estas plantas exóticas danse poco en los jardines de Versalles.

***

Luis XVI era esposo complaciente y enamorado de su mujer.

El amor conyugal era para él lo único que merecía todas las atenciones y todos los sacrificios, y así en su muy amada esposa empleaba cuidados y delicadezas que sus ascendientes en el trono tuvieron sólo para sus favoritas.

El diamantista había encontrado al fin quién se interesara en su asunto; fué el primer gentilhombre de armas de su majestad, y éste fué quien llevó la inestimable joya hasta las manos del complaciente monarca.

Admirable sobre toda ponderación parecióle al rey el soberbio aderezo, y así como le hubo contemplado muy a su gusto, pasó a ofrecérsele a la reina.

Era el preciso momento en que daba la última mano a su tocado.

Hizo salir a las damas y al peluquero, y así como los regios esposos quedaron solos, mostró el rey la alhaja diciendo:

—¿Y qué te parece esta joya para

completar tu aderezo y humillar con ella la belleza y el esplendor de todas las damas de Francia?

Tomó la reina el collar y luego de contemplarle durante un buen espacio, ciñósele rogando a su esposo que le cerrase el broche.

La admiración parecía haberle cortado el uso de la palabra y no hacía más que contemplarse al espejo, y como si fuesen cuentas de *rosario,* repasar uno a uno los diamantes entre sus marfileños dedos.

Quitóselo y teniéndole en la mano dijo:

—Pero esto ha de valer un imperio.

—¿Te gusta?—insistió el rey.

—Y ¿a quién no?—replicó la reina.

—Te advierto—continuó el soberano—que el joyero tiene muy especial interés en que joya tan magnífica no salga de Palacio y me ofrece toda suerte de facilidades para el pago. Se aviene a cobrar la mitad de la suma en diversos plazos, y la otra mitad en rentas vitalicias.

—Eso, tú verás; si ciertamente el precio no fuese muy crecido podrías adquirirle y conservarle para cuando llegase el tiempo de darle como dote al *Delfín.* Yo, por mí, no he de usarle, con las joyas que traje de Austria, y las que aquí adquiriera, tengo más que bastante para mi adorno.

—Advierte—replicó el monarca—que aún está muy distante la mayoría de nuestro primogénito, de suerte que si tú renuncias a poseer tan hermosa joya, no hay que pensar en ella, y por tanto, daré por deshecha toda negociación.

A lo que muy discretamente hubo de responder María Antonieta:

—Más falta que un collar, entiendo que nos hace un navío. Vuelve esto, y ya sabes por lo mucho que te amo, que te lo agradezco lo mismo que si lo aceptara, pero considera conmigo que no estamos para estas cosas tan lindas, de tanto valor y tan inútiles.

—Dices bien, amada mía—repuso el rey—la joya más espléndida de mi corona no ha menester de otra alguna; ella sola se basta para lucir sobre todas.

—Y dime — preguntó la soberana mientras agradecía el madrigal con una encantadora sonrisa.—¿Quién te propuso esa compra?

—Nuestro joyero.

—¿Boehmro?

—Por mediación del primer gentilhombre de mi cámara.

—Ese Boehmro es insaciable. Quiere que todas las alhajas que por su elevado precio no las puede dar salida inmediata, se queden en Palacio. Más de 360.000 francos llévole ya pagados de mi tesorería particular.

—Pues, ¿cómo es esto, señora mía? —reprendióla jovialmente el complaciente marido.—¿Vos por vuestra propia cuenta y riesgo os permitís hacer estas compras?

—Ya os dije—respondió ella en el mismo tono—cuál es mi criterio en este punto. Los lujos particulares de los reyes deben pagarlos siempre los reyes, pero no la Nación.

—Pero tú no podrás renunciar a que yo, como jefe de ella y marido tuyo, te regale este aderezo de rubíes y diamantes blancos y este par de brazaletes de oro.

Y según hablaba iba colocando el magnífico presente sobre la belleza primaveral de María Antonieta.

La reina dejaba que el rey la sirviera de azafata...

***

Monsieur Broziers, primer gentilhombre de cámara de su majestad católica Luis XVI, rey de los franceses, recibía momentos después de acaecida

la anterior escena conyugal la visita del primer joyero de la corte.

—Y, bien—díjole éste apenas se vió en presencia del palaciego—. ¿Qué hay de nuestro asunto?

—Tengo el sentimiento de deciros que nada — respondió apesadumbrado el magnate—. Dicen SS. MM. que no está el Tesoro para gastos de esta especie; así es que desde luego os dan licencia para procurar la venta de vuestra joya.

Y mientras que hablaba ponía el primoroso estuche en las manos del afligido diamantista.

—Ved aquí—lamentóse el tal—que con darme este tesoro no me dais menos que mi ruina. Mi socio Bessange y yo hemos puesto nuestras fortunas en la construcción de este aderezo. Por un rey fué mandado construir y sólo un rey podía adquirirle. Estamos perdidos. No hay salvación posible. El primer joyero de Francia durante dos reinados se verá pidiendo limosna de puerta en puerta si el Señor no es servido de hacer un milagro.

—A mi ver—dijo compadecido el cortesano—sólo encuentro un medio. No os doy palabra de que sea decisivo para vuestra pretensión. Pedid una audiencia a la reina y exponedle vuestra pretensión.

—¿Y creeis que ésta pudiera conducirme al fin deseado? — preguntó ansioso el diamantista.

—¿Quién sabe?—Ya sabéis que la reina tiene un excelente corazón y en cuanto está de su parte no hay desgracia que no alivie. Si sois hábil para exponérselo, todo puede esperarse.

—¿Queréis pedir vos en mi nombre esta audiencia?

—No tengo inconveniente.

Poco más hablaron y algo más tranquilo quedó el diamantista con aquella solución.

En las galerías no dejó de hablar del famoso aderezo y de los tratos de venta en que andaba con la soberana.

—Veréis—decía—que será la más valiosa alhaja de la corona. Lástima hubiera sido que tuviera salida de Francia para adornar alguna diadema extranjera. ¡Oh! Este collar será famoso en los anales de la Historia.

Y sin sospecharlo profetizaba una trágica verdad.

***

Pocos días después, Boehmro era recibido en audiencia por la soberana.

De no muy buen grado concedió María Antonieta esta entrevista, porque harto conocía el objeto de ella; pero quiso desengañar por sí misma al impertinente.

Dijérase que el artífice más bien asistía a un duelo que a una audiencia real.

Habíase vestido enteramente de luto y llevaba pintado en su rostro la más triste expresión.

Muchos oficiosos palaciegos, durante los momentos que esperaba, acercábanse a preguntarle qué desgracia le había acaecido, y tal cual hubo que por de contado, y sin preguntarle cosa alguna, tendióle la mano, diciéndole:

—Salud para encomendarla a Dios Nuestro Señor; designios indiscutibles son de El, y cuando así lo hace no será sino porque nos conviene.

Al fin fué llamado.

Apenas atravesó la puerta de la real cámara, hecho un mar de lágrimas y un vendaval de suspiros arrojóse a los pies de la soberana.

—Señora—exclamó—en V. M. está en este instante el hilo de mi vida. Si no os dignáis comprarme el collar caeré en la ruina más espantosa y por ende en la deshonra; no podré sobrevivir a tan espantosas pesadumbres, y si mis súplicas sólo merecen

vuestra negativa, habrá sido esta audiencia para despedirme de V. M. en la tierra.

La reina, serenamente, y sin duda teniendo en cuenta aquello de *perro ladrador, poco mordedor,* replicóle, mostrando en sus palabras digna severidad:

—Alzaos. No soy amiga de semejantes escenas ni creo que sean las más adecuadas para presentaros ante mí. Si como parece que queréis darme a entender, en saliendo de esta estancia os quitaréis la vida, a Dios tendréis que dar cuenta de vuestro necio arrebato, que no a mí. Yo no haré más de compadecer vuestra locura. En cuanto al collar, no olvidéis que yo no os lo encargué, ni aun de él tuve noticia hasta que el rey vino a ofrecérmele y le rehusé, comprendiendo que no está la Nación para costear tales dispendios y no es justo, ni siquiera cristiano, que el pueblo no tenga pan porque yo tenga joyas. Y entended que por mi propia voluntad he renunciado a la posesión del collar, sin que nadie haya influído en mi decisión. Pues que a vuestros intereses conviene venderle, deshacedle y ved si así tiene más fácil salida; yo nada puedo hacer, y así os ruego que jamás volváis a hablarme de esto, que si tuviéraisme el amor y el respeto que han de tener a sus monarcas los buenos vasallos, no hubiérais representado esta comedia.

Tendió la diestra hacia el vapuleado diamantista, que éste besó todo confuso, y abandonó la regia estancia lleno de pesadumbre y de rencor, pues ciertamente no esperaba tan rotundo fracaso en la burda farsa que traía prevenida...

***

Por algún tiempo no volvió a verse en Palacio a Boehmro. A pesar de su cargo oficial como joyero de la corona, no acudía a cumplir sus menesteres, y María Antonieta hubo necesidad de confiar a otro artífice la compostura de sus joyas.

Al fin, una mañana tornósele a ver por las antesalas y galerías de Palacio, pero ya sin molestar a nadie con sus lamentaciones y augurios de ruina.

Mostró deseos de ver a la reina, no para implorarla de nuevo, sino para mostrarla su gratitud.

Nadie se explicaba a qué pudiera obedecer este agradecimiento.

Con motivo del alumbramiento de la reina por aquellos días, quiso el rey hacerle un rico presente de hebillas y diamantes, que fueron encargados al joyero, el cual al entregarlas a la soberana hízolo con una esquela, en la que le felicitaba por verla en posesión de los más hermosos diamantes que había en Europa, y rogábale muy respetuosa y encarecidamente que no le olvidase.

Creyó María Antonieta que aquello era otra impertinencia más de Boehmro, y quemó el papel en la llama de una bujía diciendo:

—No hay para qué guardarla.

Y dirigiéndose a Mad. Campán, su camarista mayor.

—Tú que tienes tan buen arte para adivinar los enigmas del *Mercurio,* a ver si te das maña para acertar con lo que quiere decir este loco. Pienso que tal hombre no vive más que para martirio mío. Cuando le veas, díle que por lo que a mí hace, puede dejar cuando guste el cargo de diamantista de la corona, porque no pienso gastar más dinero en alhajas. Si tuviese capital de sobra le destinaría a aumentar mis posesiones de Saint-Cloúd. Díle bien todo esto, tal y como yo te lo digo, para que sepa que no estoy dispuesta de manera ninguna a sufrir sus impertinencias.

Pocos días después de esto, inquieto el diamantista por no haber tenido respuesta a su carta, procuró entrevistarse con Mad. Campán.

Los rigores de la estación, pues comenzaba muy bravo el mes de Agosto, habían llevado a la azafata de la reina, a sus posesiones de Crespy.

Mucho sorprendió a madama la visita del impertinente, pero así y todo recibióle afablemente, y como buen amigo.

—Ya sé que ha de extrañaros mi visita—habló Boehmro,—pero las circunstancias me obligan a ello.

—Vos sabéis que venís a vuestra casa — replicóle cortés Mad. Campán —pero, ciertamente que ha de ser cosa de mucha transcendencia, aparte de nuestra buena amistad, lo que os trae aquí.

—Así es, señora. Vos sabréis—prosiguió el joyero,—que habrá cosa de quince días incluí a S. M. un billete al remitirla perfectamente concluídos los regalos que el rey me encargara.

—Y felicitábaisla por ser dueña de los más hermosos diamantes que existían en Europa.

—Así es.

—Pues bien; ni S. M. ni yo pudimos averiguar el objeto de la felicitación, ni por qué rogabais que no os olvidase. Por cierto que ello causó notable enojo en el ánimo de la señora.

Y aquí la azafata repitió casi con las mismas palabras aquellas duras razones que le encargó María Antonieta.

Apenas calló la camarista, exclamó Boehmro muy exaltado:

—¡Ah! señora, eso no es posible, la reina sabe muy bien que tiene que darme dinero.

—Pues, ¿por la intendencia de palacio no os fueron pagadas todas vuestras cuentas?—preguntó Mad. Campán.

—¿Cómo puede estar pagado un hombre a quien se le adeuda un millón quinientas mil libras? Decid más bien, que se le ha arrojado a la ruina, y a la deshonra.

—Veo con muy grande sentimiento que hay que creer lo que dice de vos la soberana.

—¿Qué dice?

—Que habéis perdido la razón.

—A fe que si no la he perdido, veo que en este asunto se lleva camino de hacérmela perder.

—Pero, vamos claros. ¿Por qué causa puede la reina adeudaros esa suma?

—Por mi gran collar, señora.

—Pero, ¿es posible que andéis todavía en pleitos con la dichosa joya? ¿No habéis hecho correr la especie de que la habíais vendido para la favorita del sultán de Turquía.

—Por orden de S. M. daba esta respuesta a cuantos me preguntaban por la joya.

—¿Cómo, Sr. Boehmro, os atrevéis a sostener esa impostura habiéndoseos negado la reina a vos mismo?

—Después, sin duda, lo pensó más despacio y cambió de parecer.

—Vos sabéis que acostumbro a estar muy poco tiempo lejos de ella, y jamás la he visto el famoso collar. ¿La compra se os hizo directamente?

—Intervino en ella el cardenal de Rohan.

—¡Oh, señor mío, cómo estais! ¿Pero vos no sabéis que desde que llegó de Viena S. M. no ha dirigido una sola palabra a ese prelado?

—Vos sois quien me parecéis muy mal enterada en ese asunto. La reina y el cardenal se ven a menudo y hay una franca inteligencia entre los dos, como puede probaros el que me haya entregado S. E., como primer plazo, la suma de 30.000 libras. Además, por si esto os pareciese poco, puedo presentar como comprobantes billetes firmados por la soberana, los cuales, por cierto, me han servido de garantía para que mis banqueros me concedieran nuevos plazos para satisfacer mis pagos.

Asombrada y sin dar exacto crédi-

to a lo que oía quedó la camarista, pues constábale de certísima manera que la reina no poseía el collar ni había hecho trato alguno respecto de él.

Llegó a dudar de que la confianza con que María Antonieta la distinguía no fuese tan íntima como tenía creído, y así aconsejó al diamantista que partiérase a Versalles y se entrevistara con el tesorero real.

Levantóse y dió por terminada aquella entrevista, que ya iba siéndole enojosa.

***

La joven reina había recibido un billete de su primera camarista dándole cuenta de la escena habida con el joyero y advirtiéndole que estuviese sobre aviso de la intriga del collar.

Mucho se indignó María Antonieta, pues pensaba que aquel hombre era como el diablo que la condenara de por vida y había el desesperante sino de tener que vivir sujeta a su impertinente testarudez.

Mandó, pues, llamar a su presencia al joyero.

Muy agria de ceño y seca de palabra pidió la razón de la calumnia que iba propalando.

—Señora—respondió el artífice,—en cuanto a la compra del collar para V. M. no hay calumnia alguna, ni yo por la probada sumisión que siempre he tenido y tendré a mis soberanos la mantendría. La única culpa que pudiera apuntarse a mi cargo es la de haber dicho que aún no ha sídome satisfecho el importe, pero ello, muy a pesar mío, érame preciso hacerlo constar para contener a mis acreedores.

—Y, ¿qué tengo yo que ver ni con vuestras deudas ni con vuestras farsas?—exclamó colérica María Antonieta.

—A que — respondió Boehmro sin inmutarse,—señora, de las entrevistas secretas habidas entre V. M. y S. E. el señor cardenal de Rohan, salió la compra de la joya cuyo importe con tanta justicia y tanto respeto reclamo.

Al escuchar María Antonieta tales palabras respondió indignada:

—Os olvidáis de que estáis ante la reina de Francia y del respeto que estáis obligado a guardarme.

Mas el diamantista estaba ya puesto en la rampa de las inconveniencias, y creyendo que no se trataba sino de negarle su derecho atrevióse a replicar con más insolencia:

—Señora; mire V. M. que no es ya tiempo de fingir ni mi apurada situación me permite esperar un sólo día más. Dignaos manifestar que poseeis el aderezo y mandad que se me atienda; si no es ya que deseais que el maestro joyero de la Corte de Francia pida limosna en las calles de París.

No pudo María Antonieta sufrir ya más, y señalando a Boehmro el camino de la puerta, díjole:

—Salid.

Pero éste, sin determinarse a obedecer, le rogó de nuevo:

—Escuchad, señora...

Una crisis nerviosa apoderóse del abatido ánimo de la soberana, y con palabras entrecortadas, que manábanle al mismo tiempo que las lágrimas, desatábase en denuestos e injurias contra el cardenal de Rohan y sus secuaces, pues iba alcanzándosele que cuanto desprendíase de las desesperadas razones del joyero era una hábil e infame intriga tramada con el único fin de perderla.

—Hay que desenmascarar a estos bandidos—decía. Cuando la púrpura romana y los blasones del príncipe no valen para otra cosa que para encubrir a un rufián, a un aventurero, es preciso que toda Europa lo sepa.

Boehmro esperó a que cediera la terrible crisis de la soberana, y cuando la advirtió, más que sosegada, abatida, habló nuevamente:

—El 24 de Enero de este mismo año vino el señor cardenal a mi casa en ocasión que me acompañaba mi consocio Bessange, y pidió que le enseñáramos las alhajas de más precio. Hicímoslo así, y aprovechamos la ocasión para mostrarle el famoso collar. Luego de haberle examinado muy detenidamente y elogiarle como en verdad merece joya tan primorosa, dijo que ya tenía noticias de ella. Pidiónos precio, pues aseguró estar autorizado para ello, así como para entrar en negociaciones de compra. Fijámosle en un millón seiscientas mil libras, y respondió que daría cuenta a la persona que le comisionaba, y cuyo nombre decía no estar autorizado para revelar. Fuése, y de allí a dos días concediónos audiencia para comunicarnos con la más grande reserva las proposiciones que tenía encargo de hacer.

Luego de que el aderezo fuése examinado por los peritos M. Doigny y Maillard, si aceptaban éstos como legal el precio señalado, quedaría vendido el collar, habiendo de pagarse en plazos semestrales de cuatrocientas mil libras, siendo el primero de allí a medio año, que empezaba a contarse desde aquel mismo día. El 1.º de Febrero, por la mañana, nos envió a llamar S. E.; nos dijo que era vuestra majestad quien, por mediación suya, se disponía a comprar la alhaja, y para más confiarnos nos mostró la proposición firmada de puño y letra de vuestra majestad.

—¡Mintió!—exclamó la reina, roja de ira.

—Creímosle nosotros—prosiguió el diamantista—atendiendo a vuestro escrito, y no tuvimos inconveniente alguno en hacerle entrega de la joya, previas todas las formalidades propias del caso.

—¡Bien está!—dijo la soberana.—Voy creyendo que vos y yo hemos sido villanamente engañados; pero yo os juro por el amor de mis hijos que más pura que el Sol ha de lucir la verdad, y ¡ay del miserable que haya intentado manchar mi nombre con esta felonía! Ahora, tened la bondad de salir. Necesito estar sola. Creedme, se hará justicia...

EL CARDENAL DE ROHAN

Era el 15 de Agosto. La iglesia celebraba la fiesta de la Asunción, y toda la Corte había acudido a la solemne ceremonia en la capilla de Palacio.

Había oficiado en ella su eminencia el cardenal de Rohan.

Luego de que todo acabó, y cuando ya el prelado disponíase a dejar Versalles, fué llamado urgentemente por el monarca, y al regio aposento hubo de pasar sin despojarse de los hábitos sacerdotales.

Apenas el purpurado pisó la re-

gia estancia, preguntóle secamente Luis XVI.

—¿Es cierto, señor cardenal, que hayais comprado diamantes a nuestro joyero Mr. Boehmro?

—Sí, señor—respondió su eminencia.

Y prosiguió de esta manera el interrogatorio, en el que de vez en cuando intervenía la reina.

—Y ¿quién os encargó de esa compra?

—Su majestad la reina.

—¿Fuí yo quien os diera esa comisión?

—No, señora.

—Pues, ¿quién entonces?

—Una dama que dijo ser la condesa de La Motte Valois, quien me forzó a ella con mostrarme una carta de V. M., en la cual me honraba con pedirme este servicio.

—Si hace más de ocho años, señor cardenal, que no os dirijo la palabra porque caisteis en mi disfavor, ¿cómo pudisteis creer que yo me dirigiera a vos para asunto tan delicado?

—Señora, reconozco mi error, y pido indulgencia de él a vuestras majestades. Yo pagaré el collar. El ansiado deseo que tenía de volver a vuestra real gracia, me fascinó, impidiéndome por completo advertir la infamia de que he sido víctima. Ved aquí, señora, la carta que es clave de esta malaventura.

Y sacó de su cartera un pliego perfumado que puso en manos del rey.

En él, sobre la firma de *María Antonieta de Francia*, se daba al prelado orden para adquirir el collar.

—¿Cómo habéis podido creer, señor cardenal—dijo el rey luego de haber leído la carta,—cómo habéis podido creer, vos, príncipe de la Casa de Rohan, vos, limosnero mayor de Francia, que firmase la reina de esta suerte tan absurda? ¿No sabeis, a pesar de vuestra nobleza, que las reinas firman solamente con el nombre?

—Perdón, señor.

—Y, ¿vos escribisteis esta carta?—preguntóle el soberano, mostrándole una copia de la carta escrita a Boehmro.

—No sé, señor.

—¿Y si se os mostrara el original firmado y rubricado por vos?

—Si la carta está firmada por mí, desde luego, majestad, será mía.

—Vamos, sosegaos, no tengo empeño alguno en que aparezcais culpable; deseo más que vos mismo, la justificación de estas cosas. Tened a bien explicarme la significación de esos pasos dados con nuestro diamantista, esas seguridades y esos billetes.

El príncipe y cardenal de Rohan palideció intensamente.

—Señor— respondió, —me encuentro tan impresionado, que no acertaría a responder a V. M. con la claridad que tan difícil caso requiere.

—¿Haríaslo acaso mejor por escrito?

—Pienso en que sí, señor.

—Sea. Por mi parte no habreis de encontrar dificultad alguna. Pasad a este aposento contiguo; en él encontraréis todo lo necesario para escribir.

Su eminencia pasó al aposento que el rey le indicara.

Cuando María Antonieta vió cerrarse la puerta tras del humillado cardenal, tembló.

Pensaba que sus enemigos habíanse confabulado terriblemente para malquistarla con su marido y con la Francia entera.

Acontece haber tanta maldad y tanta bellaquería en el mundo, que no era extraño que la declaración y defensa de los cargos que se le imputaban, fuese para la bella soberana una horrible tortura en la que el alma y el corazón se dolían sin acertar a quejarse.

***

Apenas vióse solo el cardenal de Rohan, dirigióse precipitadamente a la mesa que había en el centro de la estancia donde estaba prevenido recado de escribir, mas no fué con ánimo de descargar su apesadumbrada conciencia, sino para escribir a su provisor, el abate Georgel, estas palabras: "Voy a ser arrestado. Quemadlo todo."

Luego, de prisa, sin meditación ni discernimiento, escribió una especie de declaración tan confusa como la que había hecho de palabra.

Salió en seguida con el pliego y le puso en manos del monarca.

Y en tanto que éste recorría el informe, no le faltaron medios al de Rohan para escurrir un billetito muy bien acompañado por un escudo de oro, en manos de un ujier, el cual no tardó en hacerle llegar a su destino.

Mientras duró la callada lectura de S. M., reinó un augusto silencio en toda la cámara.

Así de como acabó, muy pausadamente dobló el pliego, púsole sobre la mesa que tenía junto, en la que descansaba el sombrero, el bastón y los guantes, y dijo al Cardenal:

—Tengo el sentimiento de participaros que quedáis detenido.

—Señor—exclamó sumisamente el purpurado. — Dispuesto me tenéis a obedecer vuestras órdenes, pero quisiera pedir a V. M. una señalada merced antes de constituirme en prisión, y es, que se me evite el dolor y la vergüenza de ser conducido con estos hábitos y a los ojos de toda la Corte.

Es preciso hacerlo así—respondió el monarca, y salió bruscamente sin querer escuchar los ruegos del alcurniado clérigo.

El mayor de la Corte, Mr. D'Agoul, acercósele, y diciéndole "cuando gustéis, monseñor", salió con él. En el jardín aguardaba un coche de camino convenientemente escoltado que habría de conducirles a París.

Luis René Eduardo de Rohan puede decirse que no tenía más ascendencia sobre sí que la nobleza de su sangre y el polvo de sus pergaminos.

Su prestigio no podía estar más en baja ni su favor en la Corte más en ruinas.

Es fama que su soberbia rayaba en cinismo y creíase capaz de eclipsar el talento de Richelieu, esperando como aquél ser algún día absoluto señor y curador de los destinos de Francia; pero de tan desdichada suerte respondía su manera de proceder a tan altos deseos, que donde quiera que su eminencia ponía mano florecían con mucha lozanía el desacierto y la discordia.

Mientras que por los años de 1785 estuvo de embajador de Francia en la Corte de Viena, no hizo otra cosa que dificultarse el porvenir estorbando en cuanto estuvo de su parte la buena inteligencia que entre las dos naciones existía.

Enajenóse para siempre la voluntad de la reina María Teresa y de la que habría de ser en fecha no lejana esposa de Luis XVI.

Era el asno cargado de reliquias de la fábula.

María Antonieta, desde el mismo día que como princesa consorte puso el pie en Strasburgo, donde fué recibida por el Cardenal, demostróle su aversión y jamás quiso tenerle por amigo.

Su vida privada estuvo de continuo en contraposición con su elevado cargo sacerdotal.

La fastuosidad y el vivir mundano tenían en S. E. un bravo paladín.

Acosado por las deudas, pues no solíanle bastar los cuantiosos rendimientos de sus cargos, solía decir:

—No comprendo qué *vida decente* pueda hacer un caballero que cuente no más con un capital de 1.200.000 escudos.

En los amores del Cardenal prendíanse las más bellas y famosas cor-

tesanas, porque él entendía que sirviendo a Dios en la iglesia, fuera de sus piadosos menesteres, para nada tenía que guardar escrúpulos de conciencia.

Y así de nada hacía ocultación, como no fuera del talento y del decoro.

Es fama que muchos de los empleos que dió tuvieron como imán unos ojos bonitos y unas faldillas locas.

Y de uno de estos eróticos párrafos de su vida alcanzóle al hombre este desagradable capítulo.

***

Madame Boulanvillien, que poco antes había explotado lindamente la galantería del señor cardenal, parece que quedó un tanto eclipsada por los espléndidos encantos de cierta bella camarada, madame La Motte.

Esta mujer había sido y era una aventurera peligrosa desgajada de una ilustre casa de Francia.

Comprendió que el príncipe de Rohan, aun estando como estaba en desgracia, podría ser excelente instrumento para sus intrigas, y atendió muy complacida a las oficiosidades de monseñor.

Díjole tener ella suficiente ascendencia con la soberana para hacerle tornar a su gracia, y así desde aquel momento veríase en camino de ocupar en el afecto de las reales personas el lugar que por su alta jerarquía e ilustre alcurnia le estaban bien.

No sabía su eminencia cómo agradecer esto que tanto deseaba, sino poniéndose enteramente a la disposición de madame La Motte para cuanto se le antojara, y la tal, que tampoco deseaba otra cosa, no desaprovechó el ofrecimiento.

Los deseos del cardenal por alcanzar el regio favor eran vivísimos, y así no dejaba de preguntar a su *protectora* noticias de cómo iba el empeño que ella tan generosa y voluntariamente había tomado bajo su férula.

Y parece que le dijo cierta noche:

Monseñor, os traigo una agradable nueva que pienso que me la habéis de agradecer por todo extremo:

—Hablad, por vuestra vida—exclamó su excelencia — que las noticias buenas no es bien que se retarden.

—Pues sea — replicó coquetonamente madama. Ello no es más sino que estoy autorizada por la reina para pediros y recoger una justificación escrita de las faltas que se os imputan.

—¿Es cierto? ¿No lo decís para procurarme una alegría momentánea?

—¿Cómo es posible, amigo mío, que yo me atreviera a tanta osadía—respondió madama La Motte, aderezando su rostro con toda la severidad de los retratos que viera en el Palacio de Justicia.

No quiso oir más el de Rohan y salió inmediatamente a escribir el papel que se le pedía...

***

Pasaron algunos días.

Durante ellos, bien puede asegurarse que todas las miras y todas las ansias del cardenal estuvieron puestas en la nueva jornada que con la reina se le prevenía.

Madama La Motte entró aquella tarde muy ufana y con muy poco res-

peto del alto ministerio de su eminencia, sentósele a la par, y apeándole el tratamiento y mostrándole un elegante y perfumado pliego, el cual, en son de broma, púsole rápidamente ante los ojos.

—Y, ¿qué voy yo ganando con servir de curandera a mi curilla. Porque habréis de convenir que esto es tanto como la salud a un desahuciado.

—Pues, ¿qué más queréis—decía el de Rohan—sino a mí?

—Ello es bastante—replicaba madama,—y con eso y con que no la olvidéis al lograr la prosperidad que se os viene a la mano, dase vuestra Juanilla por feliz.

Y puso el papel en manos de su excelencia.

Decía desta suerte:

"Señor cardenal: Por la condesa de La Motte ha llegado a mí la justificación de vuestra conducta. Con sumo agrado veo que no sois culpable de las viles acusaciones con que os hieren, pero muy a pesar mío no puedo concederos todavía la audiencia que me pedís. Pienso que no he de tardar mucho en haceros esta merced como es vuestro gusto y el mío.

"Fiad en mí, que no dejaré de avisaros por la misma persona que os entregará este billete. Hay que esperar a que las circunstancias sean propicias. *Sed discreto, muy discreto.*"

—¡Eh? ¿qué decís?—preguntóle la condesa.

—Que me dais una de las alegrías más grandes de mi vida. No podéis imaginaros lo que representa para mí, el volver a alcanzar el favor perdido en la Corte—respondió Rohan.

—Ved aquí cómo quien bien ama sabe siempre dar algo más que cariño —dijo Madame profanando con un beso de sus lúbricos labios la sagrada jerarquía del príncipe cardenal.

***

Mientras que llegaba la hora de la tan esperada cita y que por tan imposible tenía el cardenal, y mientras acicalábase pulcramente como un galán de oficio, hacíase profundas consideraciones acerca de la volubilidad de la mujer y las artes extraordinárias que suele poner en juego para la buena marcha de sus caprichos.

¿Quién dijérale a él que aquella testa coronada que tantos enojos desplegara contra él hasta entonces, habría ahora de venir en concederle una secreta y nocturna cita en los espléndidos vergeles de Versalles?

El billete perfumado y discreto quitábale diez años de encima, sin los que su eminencia estaba hecho un guapo mozo.

"A las once, en la fuente de Apolo" —decía el billete.

El de Rohan leyóle infinitas veces antes de dejar sus habitaciones.

Era tornar al esplendor y a las ascendencias perdidos, y nada menos que del brazo de la reina y a espaldas del rey.

Por la codiciosa fantasía de su eminencia, pasó el recuerdo de aquel otro mal príncipe de la iglesia, mal ministro, pero gran cortesano, que se llamó Giulio Mazarino, y que durante la centuria anterior fué dueño de Francia, por la concupiscencia de la Reina madre.

Veíase, como aquel aventurero, amo y señor del corazón de la soberana, y tener el corazón de María Antonieta era tanto como haber en la máno los destinos de la nación, porque el monarca no era sino un juguete de la voluntad y capricho de la reina.

Mazarino manejó y compuso a su sabor la política de Francia, y trajo al revuelo de su púrpura cardenalicia príncipes de la sangre y magnates de la primera grandeza de Francia. ¿No podría él hacer lo mismo y aun más, pues sobre el prelado italiano tenía Enrique de Rohan, la ventaja de la nobleza?

Seguramente que si él llegaba (como aquel papel parecía prometerle), de la mano del pecado mortal, a ser árbitro del reino habría de reunir el talento de Richelieu y la perspicacia de Mazarino.

El buen purpurado llevaba su vanidad hasta el extremo de tenerse por uno de los ingenios más notables de la nación, así como aún presumía de ser uno de los más apuestos galanes de la Corte.

No le hablasen a él de la cultura de Boileau, del ingenio de Molière, ni de la maestría de Racine; para todo eso hallábase él más apto y mejor preparado, y si hasta entonces no tenía dadas ni pruebas de ello, era porque no se le había presentado ocasión propicia.

Y puesto en la trampa de disparatar con la fantasía, pasaba revista a las huestes de sus enemigos, y como parece que eran tantos que podían formar legión, ibalos enviando por cuerdas a la Bastilla, en cuyos temibles calabozos habrían de estar hasta que la muerte fuese servida de libertarles.

No faltaba tampoco en su fantástica relación el capítulo de las dádivas y mercedes, así como el sostenimiento de su jerarquía, porque en esto sí que no pondríase a Mazarino por modelo. No acapararía los tesoros con ansias de avaro, como aquél, sino para tirar el oro a montones...

***

Al pie de la misma escalinata que conducía al jardín, hallóse S. E. con la condesa de La Motte, quien tomándole de la diestra le dijo:

—Yo os pondré en camino. Vos no acertaríais en un buen espacio yendo por el sitio de costumbre. Estos jardines tienen senderos y veredas secretas para mí. La reina me encargó que la sirviera deste menester. Dice que es muy urgente y callada la visita.

Y por un buen rato anduvieron la coima con blasones y el rufián con sotana.

Y en lo que caminaba a ciegas, llevado de la mano por tan gentil lazarillo, el de Rohán, que no podía en manera alguna tener quieta la imaginación, por obra y gracia de aquella ventura inesperada, tornó a darla que hacer su necia fantasía.

¡Cuán distinto porvenir veníasele a la mano, de aquel que cerca de la misma María Antonieta prometíasele en Viena, cuando asistió en aquella corte como Embajador!...

Entonces, y aún mucho después, siempre que le hallaba la augusta dama demostrábale bien a las claras su enemiga, sin recatarse de que hubiese o no gente.

¡Hartas veces en una audiencia, cuando él fué a llegarse para besarle la mano, ella tornó el bello rostro hacia el sitio contrario, no queriendo ni aun darse por entendida de su presencia!

Ahora en cambio iba por sí sola, hacia el galanteador zaherido y vejado...

¡Ah, tornadiza y cruel condición de las mujeres, que no aman sino cuando se las desprecia, y cuando se les hace sacrificio del alma, la vida y el corazón se complacen en pisotearlos como si fuesen hojas secas que arrebata el viento!

De tal suerte filosofaba aquel hermoso pedrusco que el cardenal de Rohan tenía por cabeza...

Llegados al sitio convenido desapareció ella, quedando él en la ansiada compañía de la reina de Francia.

.....

En este punto es bien dejar la comedia y retroceder un poco para buscar su verdadero origen.

LA CONDESA DE LA MOTTE Y LA BARONESA DE LA OLIVA

Todas las tardes, durante las cálidas del estío, acudía a los jardincillos del Louvre una linda mujer acompañada de un niño de pocos años.

Bonita y de muy buena proporción en la figura, aunque tirando algo más a menuda, era su merced.

No había ojos que no posáranse en ella trasladando este recado al pensamiento:

—¡Este es un retrato que anda! Jamás vi tan asombroso parecido de una persona con otra. Por fuerza que la madre de esta mujer ha estado en Austria.

Madama la Historia, que a las veves huronea por las vidas privadas para mejor dar luego fe de las públicas, dice que esta madamita no era otra cosa que un bello imán de la carne pecadora y lasciva. Llamábase Mlle. Essigny.

Una tarde del mes de junio del año de gracia de 1784, hallábase como había por costumbre en el viejo jardín, cuando advirtió la presencia de un apuesto doncel que la contemplaba insistentemente.

Vió el dicho examinador una silla vacante junto a la de la beldad, y la ocupó para establecer de ella su espía más sosegadamente.

Así estuvieron un buen espacio. Essigny, más arrebolada que una cereza, y el caballero, muy impertinente de ojos, pero muy comedido y discreto de palabras, pues que no habló una; tanto que la ninfa estuvo tentada de decirle.

—¿Qué se os ofrece, señor mío?

Porque sin duda pensaba la tal:

—Si parezco bien a este hombre y quiere requebrarme por lo fino si me cree pasta de matrimonio, ¿por qué no me habla? Y, si no: ¿por qué no se explica por señas?

Al cabo desesperóse tanto, que llamando al niño púsose en pie y alejóse de aquel sitio. Mas no por esto se le acabó la espía, que muy cínicamente dió tras ella sin perderla pisada, hasta que la dejó en el mismo zaguán de su casa.

Durante unos cuantos días repitióse la escena del jardín, y hubo uno en el que el galán se determinó a dejar oir el incógnito metal de su voz.

—Muy extraño—le dijo a la madama—ha debido de pareceros esta asiduidad mía, mas no lo achaquéis a otra cosa que a natural interés, pues lo que mucho admira suspende el ánimo, aguija el pensamiento y deja poco lugar a la palabra.

—Bien sabe Dios, señor caballero —replicó ella—que le doy gracias por haberos escuchado al fin, que en verdad me temía que fuéseis mudo.

—Y ¿de los mudos pensáis que no sean hombres para llegar donde pueden los que tenemos el don de la palabra?—preguntó el galán tirando del amor hacia la siniestra mano tal y conforme vamos para Venus.

A que respondió muy a tono la experta sabidora:

—De todos pienso lo mismo, puesto que de igual masa están hechos, y hacia el mismo fin caminan los unos hablando y los otros en silencio, pero medios de expresión tienen también aquellos desgraciados, merced al ja-

más como se debe alabado y glorificado abad L'Epée.

—Habláis como un docto libro y...

—¿Qué?

—Que si ello no os incomoda quisiera que hablásemos a cubierto de miradas indiscretas.

—Paso, caballero, que camináis demasiado deprisa y no miráis que podéis caer.

—Adviértoos, que si ahora voy deprisa es para caminar después más despacio, y sabed que aunque sois tierra muy bien preparada para amores, no es ahora maese Cupido quien me envía a vos, sino la conveniencia y bellaquería del vivir.

Notable extrañeza causó en el ánimo de la señorita tan inesperada salida. Díjole que hablase claro, a lo que replicó el galán:

—Ya os he dicho que no es este lugar a propósito. Sé dónde vivís. Hacedme la merced de esperarme en vuestra casa.

—Y sabéis vos—replicó la dama—si mi casa es a propósito para recibir a gente desconocida.

—Sí.

—¿Cómo?

—Cuando la gente es de mi clase y condición...

—¡Ah! ¿Acaso es el mismo Rey quien va a honrar mi pobre morada?

—No es el Rey, pero, acaso os tenga más cuenta el recibirme a mí que a S. M.

—Y ¿no teméis que alguien pudiera pediros cuenta?

—No temo a nadie.

—¡Hola! ¿también presuntuoso?

—Nada de eso.

—¿Entonces?

—No temo a nadie porque después de la entrevista que os ruego, comprenderéis muy bien que a mí y a vos nos interesa no tener testigos.

—¿Queréis que os dé hora?

—No es menester. Me basta con que esperéis a que yo vaya. No tardaré.

—¿También tirano...?

—Esclavo, nada más—replicó sonriendo el extraño personaje.

Y saludándole muy cortésmente fuese a reunir con otra dama que no lejos estaba de aquel sitio.

***

Poco había que Mlle. Essigny entrara en su casa; comenzaba a hacer los preparativos para cambiarse de ropa, cuando vió reflejarse en el espejo que tenía frontero, la esbelta figura del galán del jardín.

Quedó altamente sorprendida y aun transcurrió un breve espacio hasta que pudo reponerse y pedirle cuentas de aquella irrupción que ciertamente no sabía cómo calificar.

—Señorita—habló el doncel—. En verdad que no sé cómo pediros perdón por esta osadía, pero no he tenido más remedio que violar todas las leyes de la discreción y el buen tono para proseguir la entrevista de esta tarde, cuya resolución puede ser para vos de muy grande transcendencia.

—Caballero—replicó Essigny,—sea como queráis, ya que hasta aquí llegásteis. Tomad asiento y veamos en lo que puedo seros útil.

—No me trae a vos, señorita—continuó el caballero aceptando la silla que le ofrecía la dama,—el incentivo de vuestra rara belleza, ni vengo tampoco a molestaros por mi propia cuenta. Soy, como quien dice, un embajador...

Hubo una pausa, que el caballero aprovechó para observar ligeramente el efecto que sus palabras iban produciendo en el ánimo de la linda aven-

turera, y ésta, para escudriñar las facciones del incógnito visitante, el cual prosiguió su charla:

—Una persona de muy grande distinción, y que en la Corte disfruta de alto predicamento, me envía a deciros que necesita de vuestros servicios, los cuales os serán muy útiles a las dos. Os ruega que tengáis la amabilidad de esperarla mañana antes de las once. Hasta ella ha llegado la fama de vuestra discreción, así como la de vuestra belleza, y tiene muy grande empeño en protegeros.

—Y, ¿quién es esa persona?—preguntó la dama,—porque como comprenderéis muy bien, conceder entrada en mi casa a un desconocido...

—Decid más bien desconocida.

—Bien; a una desconocida, ignorando en absoluto quién pueda ser y los fines que hacia mí la encaminan...

—No paséis pena por esto, que no recibiréis a nadie de quien luego tengáis que arrepentiros. Ya os he dicho que es su alcurnia muy alta, y que goza en la Corte de Francia de poderosa influencia. Mañana por la mañana, a la hora que os he indicado, me tendréis aquí con ella.

—Pero... yo no sé: estoy confusa. Esto es verdaderamente un abuso de confianza, y no me encuentro con fuerzas para impedirle. Vuestra osadía y vuestro cinismo, señor caballero, están en todo a la altura de la alcurnia de esa persona.

—Juzgadme como queráis, y yo deploro que sea tan ligeramente, pero, confío en que cambiaréis de opinión conforme se vaya fortaleciendo nuestra amistad. Mañana, después de las once, tendré el gusto de presentaros a esa persona. Tengo la convicción de que habréis de quedar muy buenas amigas, y de que con vuestro afecto prestaréis notables servicios al rey y a la Patria.

Y haciendo una profunda cortesía desapareció el caballero tan misteriosamente como había entrado.

Más llena de confusiones de lo que estaba Mlle. Essigni, hasta el momento de la visita, quedó después que ésta se hubo celebrado.

¿Quiénes podrían ser aquel audaz emisario, y aquella misteriosa amiga, que tanto había menester de ella, y tan buen afecto la prometía?

Bien puede asegurarse que no tuvo momento de sosiego.

Apenas cenó, y lo poco que logró pasar fué sin apetito. Estuvo ajena a cuanto acaecía en su alrededor, y contestaba maquinalmente a cuantas preguntas le hacían.

Queriendo acallar su inquietud con la paz del sueño, se metió en la cama antes de lo que tenía por costumbre, y no pudo dormir.

La promesa de aquella visita embargó por entero sus sentidos, y sólo cuando las últimas sombras de la noche vinieron a fundirse con las primeras luces del día, consiguió conciliar el sueño alguna cosa.

Y aun fué peor este descanso, porque todo él le embargó una enfadosa pesadilla en la que veíase rodeada por damas que traían los rostros enmascarados...

***

Y en la siguiente mañana, a la hora en punto de las once, entraba en las habitaciones de la bella entretenida, el almibarado lindo.

—Señorita—dijo. — La persona de quien ayer tuve el honor de hablaros, espera en la antesala.

Y hecho que hubo el anuncio, apartóse con la discreción de un lacayo.

***

Entró la visita, que era una espléndida mujer que ya caminaba por medio del verano de la vida.

Traía el rostro aderezado con muy amable sonrisa, y cierto que la distinción de palabras y modales acusaba en ella, como anunciara su presentador, una dama de alto rango de la primera aristocracia francesa.

—A fe, señorita—dijo por vía de saludo,—que habrá de sorprenderos mi extraña presentación, pero yo os la explicaré lo mejor posible y vos me disculparéis.

Luego de esto, sentóse la recién llegada y prosiguió:

—Tened en mí absoluta confianza, y escuchadme atenta lo que voy a deciros. Como os habrán manifestado antes de ahora, yo soy una dama que tiene notable ascendencia con sus majestades. Para cierto asunto que importa mucho a la reina, tanto como la vida, porque es cuestión que toca a su honra, me mandó buscar a una persona discreta y de clara inteligencia. Por informes que de vos tenía, desde luego pensé que nadie mejor pudiera servir para el caso, y así no tuve duda en rogaros este favor, por el que en gracia al alto servicio que prestáis a la corona se os regalarán quince mil libras, y la sincera y valiosa estimación de S. M. Por ahora, ni puedo deciros más, ni revelaros mi nombre; muy pronto se os quedará despejada esta incógnita y a los ojos de toda la Corte podréis llamaros amiga de la reina y... mía.

Más sugestionada que convencida aceptó Mlle. Essigny, y ambas quedaron citadas para la noche siguiente, en que iría a recoger a la nueva amiga *el caballero del jardín* para presentarla a la reina.

Así como quedó sola la Essigny, no hacía más de decirse:

—Yo quiero conocer esta cara. ¿Dónde he visto a esta mujer?

Y tirando del complicado hilo de la memoria, sacó el ovillo de que era la misma a quien en la tarde antes uniérase el galán emisario.

***

Y el gallardo doncel, que en esta tragicomedia había un papel muy secundario, y no era menos que el marqués consorte de La Motte, presentóse en la siguiente mañana a la bella Essigny, a la que sirvió como caballerizo hasta dejarla en la Corte de Versalles.

Madame la condesa, que era la interesante incógnita de la tarde anterior, recibióla muy bien, y luego de hacerle cambiar totalmente de ropa a uso y gusto de la que acostumbraba a llevar María Antonieta, dijo que iba a avisar a ésta, que habría de alegrarse mucho de verla.

Desapareció, dejándola sumida en un verdadero mar de confusiones. No tardó mucho en tornar, diciendo que la reina había recibido con muy notables muestras de agrado la noticia de su llegada, y que de allí en adelante podía considerarse como dama de su servidumbre.

—Sabed—dijo—que el solo hecho de recibir esta merced ya os hace noble, y así, desde hoy seréis la baronesa de la Oliva. Esta igualdad de nobleza os da derecho a que sepáis mi nombre. Soy la condesa de Valois.

En esto, había cerrado enteramente la noche. Alzóse de su asiento madame La Motte, y dijo:

—Ya es hora de que prestéis el primer servicio a S. M.

Y salieron a los jardines seguidas por el insinuante e inservible conde consorte.

La condesa entregó a la improvisada baronesa de la Oliva una rosa y un sobre cerrado que tenía grabadas las armas de María Antonieta, al mismo tiempo que la decía:

—Así como os dejemos en el lugar en que habréis de servir a la reina, se os presentará un noble cortesano que no es menos que el cardenal de Rohan; vos le entregaréis la rosa y el sobre diciéndole: "Señor cardenal, sed discreto y no olvidéis que todo lo tendréis con la reina, pero es menester que vos no la desamparéis en sus infortunios..." Pensad, baronesa, que en esta embajada podréis hallar vuestra piedra filosofal, el buen servicio de una causa y el favor y la ventura de algunas personas que comprendiendo vuestros altos méritos para triunfar en la Corte os quieren bien...

De esta manera fué como farsa bien combinada de antemano.

Apenas la Essigny quedó sola en un bello recuadro iluminado por la plateada luz de la luna, llegóse a ella un hombre, gallardamente vestido según las últimas exigencias de la moda. No le faltaban ni los valiosos pendientes de brillantes en que se quebraban los débiles rayos de *Febea,* ni la rica estufilla armiño para calor de las señoriales manos.

Llegóse muy cortés y comedido, sin hablar palabra.

La nueva condesa de la Oliva, como los racionistas de teatro que tienen muy bien sabido su papel, tendióle la diestra, que el galán besó con más indicios de amor que de galantería, y entregándole la carta y la flor, díjole de corrido aquellas mismas frases que tan bien le enseñara la condesa de Valois.

Sin dar lugar a que el favorecido pudiera responder, salió de aquel lugar de prisa, atolondrada, como sale del escenario la actriz nueva que no sabe si ha acertado o no en el papel que la repartieron...

De allí en adelante fueron muchas más las ocasiones en que el necio y fatuo cardenal creyóse que nada menos que la reina de Francia olvidaba con él sus deberes de esposa y más por codicia que por amor.

Había menester la soberana de comprar un aderezo valiosísimo sin que el rey tuviera noticia del capricho, y no encontraba mejor manera secreta de procurársele que la discreción y esplendidez del de Rohan, quien por su parte, habría de recoger la valiosa joya de manos de los diamantistas de Palacio.

La baronesa de la Oliva habíase aprendido su papel tan diestramente, que con su buena traza y el asombroso parecido que tenía con la reina, dicen que aun el mismo rey corría peligro de confundirla.

***

Pocos días después, mediante un anticipo de 30.000 libras, más la firma de la soberana como garantía de los plazos siguientes, pasó la famosa joya a manos de S. E. Con ella fué Rohan a casa de La Motte, que era donde acostumbraba a verse con la *reina;* dijo a ésta cómo ya tenía el collar en su poder y no tardaría en tener la satisfacción de admirarle adornando la hermosa garganta de María Antonieta.

—Pero, ¿no sabéis una cosa que seguramente habrá de aguaros un poco esa alegría?—díjole la condesa.—No es más sino que esta noche le es imposible salir de Palacio, y os envía un servidor de toda su confianza, para que le entreguéis la joya que ella espera impaciente.

Salió y volvió a poco con un paje que el cardenal creyó haber visto ya otras veces en Versalles. Este, haciendo una respetuosa reverencia, díjole al mismo tiempo que le entregaba un billete:

—Monseñor: mi ama y señora me manda entregaros este pliego y a vos os ruega que déis aquello que en él os pide.

Abrió la carta el de Rohan y hallóse que, en efecto, sobre la firma de la Reina se le pedía el collar. Vistas tantas seguridades no halló inconveniente alguno y... soltó *prenda*.

***

Como S. E., a pesar de su intimidad con la soberana no había conseguido entrar en la Corte, pues éste era asunto que *ella* trataba de arreglarle no dejaba de preguntar a los palaciegos que tenía de su parte, si María Antonieta lucía el collar.

Todos hacíanse de nuevas, pues en verdad que nadie se le había visto.

La condesa tranquilizaba las inquietudes del de Rohan diciéndole, que como S. M. consideraba excesivo el precio de la joya, había hecho propósito de no lucirle hasta conseguir una rebaja de 200.000 libras.

Consiguióse la reducción, y como ni después luciese María Antonieta la joya, al preguntar el cardenal la causa a madama de La Motte, respondió ésta que guardábala hasta que satisfecho el último plazo fuera completamente suya.

De aquí en adelante el purpurado príncipe no consiguió más entrevistas con su *reina*. Boehmro acudía constantemente con reclamaciones al cardenal, que éste iba demorando como bien le consentía su corto ingenio.

—Eminencia—díjole un día el joyero,—a lo que acierto a ver, aquí hay una tercera persona que a entrambos nos engaña y lleva camino de perdernos.

—Vaya, señor joyero — replicó el prelado en tono de amistosa reconvención—desechad esos pensamientos que no tienen base sólida sobre qué sustentarse. Las personas que en esto intervienen son amigas nuestras, y en ninguna manera pueden querer nuestra deshonra, ni nuestro descrédito, además que ellas no irían ganando nada.

A lo que el joyero, más conocedor de la maldad de la vida, replicóle:

—Dejad eso, monseñor, y atended sólo a que lo que se cruza en este asunto vale muchos miles de libras, y a todo un rey puede inspirarle una bellaquería. Yo, en lo que a mí respecta, os advierto que voy a comenzar a averiguar si la justicia ha emigrado de Francia.

***

Días después de esta conversación madama de La Motte pedía euxilio al cardenal, pues había notado en torno suyo secretas asiduidades de la policía. Ella achacábalo a envidias de su influencia en la Corte, pero antes de que S. E. pudiera hacer nada en favor de ella, la condesa de Valois salió de la corte.

Esto hizo ver claramente al confiado príncipe de la Iglesia, que avecinábasele un serio conflicto, pues el rumor general decía que aquella mujer

era una intrigante de oficio, que jamás había visto de cerca a la reina, ni tuvo ascendiente alguno con la alta servidumbre.

En palacio hablábase ya del collar bastante más alto de lo que estábales bien a María Antonieta y al cardenal de Rohan...

CAGLIOSTRO

Otro audaz aventurero aparece al final de esta embrollada intriga; hombre de tanta travesura y tan refinado ingenio que llega a ser como el alma de la farsa en cuyo rededor giran todos los personajes.

Llámase Alejandro Cagliostro, y ni él mismo sabe cuál es su patria.

Es uno de los muchos satélites que trae en torno la galantería de madame de La Motte, y aun parece que favorito entre los demás, pues la aprovechada dama con él solamente es dadivosa y espléndida y en todos sus asuntos le da entrada franca.

Parece que muy gentilmente supo aprovecharse de la credulidad de su eminencia, quien en esta aventura fióse en él como de un camarada de correrías y francachelas, y en sus manos hábiles en sortilegios y escamoteos, se desgranó el collar y fundiéronse en caprichos los miles de libras. El de Rohan llegó a creer a este individuo hombre superior que penetraba con la misma seguridad que por su casa por los insondables misterios de lo desconocido.

Los maravillosos diamantes del collar fueron como lluvia benéfica que cayó desde la supina ignorancia del purpurado, sobre todos estos gallofos, en tanto que él creía la joya en poder de la reina de Francia. Y Cagliostro, cuando fué llegado el caso de dar cuenta de su espléndida vida, no tuvo inconveniente alguno en echar todos los cargos sobre Mad. de La Motte.

—Tengo la certeza—decía,—de que madama es una estafadora que comerciaba con la estúpida credulidad del cardenal, y en esto yo no tengo más participación, ¡ así Dios me salve! que de haber tenido por algún tiempo la debilidad de ser amigo de entrambos.

Sin embargo de estas protestas, en los documentos falsos de la venta había cifras trazadas por su mano.

Muy complicada y precisa es la intervención de este personaje en el proceso, pero acontece que habiéndole definido el peregrino ingenio de Alejandro Dumas, no queda ahora verdadero lugar para sacarle de nuevo.

La sociedad francesa, que por el entonces llevaba a la faz del mundo el cetro de la relajación y de la impudicia, acogió a Cagliostro blandamente en su seno como a un hijo pródigo.

Ciertamente, era un profesional de la aventura, pues que en toda parte donde asentara tenía su historia distinta.

Era como aquel otro famoso barón de Riperdá, que poco antes merodeó por las principales cortes de Europa, siendo en las más de ellas, notable personaje que llegaba a poseer todos los hilos de la política, y los más peligrosos secretos de Estado.

Ciertamente que parece que muchas veces caminan por las jornadas del mundo dos almas gemelas, y estando a muchas leguas una de otra, entrambas se conducen como si fuesen impe-

lidas por el mandato de una sola voluntad y guiadas por el invisible freno de un mismo destino.

Así tengo para mí que Cagliostro y Riperdá, eran dos personas distintas y un solo espíritu verdadero...

***

Los burlados diamantistas, viendo que su causa estaba perdida si andábanse con blanduras, y sabedores ya de que la riquísima joya no obraba en poder de la reina, entráronse de lleno por medio de la Justicia, y dieron en sus redes con todos los comediantes de esta intriga, en la que el menos culpable era el cardenal de Rohan.

A los ojos de toda la grandeza, enemiga terrible de la bella soberana, aparecía ésta como una aventurera coronada, que había abrasado su honor en el fuego senil de un príncipe de la Iglesia; pero, la alta justicia, la que está por encima de todo, y para quien no existen pasiones ni jerarquías, tirando pacientemente del hilo, terminó por presentar diáfana y limpia como el sol cuando más brilla, la honorabilidad y buen nombre de aquella desdichada reina, a quien desde su cuna la acompañó siempre un hado fatal.

Madame La Motte fué presa en Londres con su despreciable marido.

Por más fantasía y malas artes que pusieron en juego para explicar sus inexplicables riquezas, pues hasta el punto y hora en que hallaron al cardenal de Rohan, no fueron más que unos aristócratas arruinados, cayó sobre ellos todo el peso de la Ley, aunque ciertamente no fué tanto como el que por entonces y aun para casos más leves solía haber por costumbre...

HACIA EL FIN DE LA TRAGICOMEDIA

Bien puede tenerse por seguro que esta farsa de intrigantes, necios, ambiciosos y ladrones, fué la cumbre de la rampa por donde la infelice María Antonieta habría de deslizarse hasta dar en la rampa de la guillotina.

No hay para qué describir las diversas sesiones en que hubo de substanciarse la causa, puesto que todas ellas no fueron más de un dilatado resumen de las bellaquerías de madama La Motte y consorte, excepto el cardenal, cuya inocencia resplandeció en una aureola de simplicidad tan grande, que entiendo que el mejor castigo que pudo dársele fué no tomarle en cuenta su desdichada intervención.

Cagliostro hizo las veces de bufón presentándose grotescamente para que tomándole por desequilibrado no hiciérase cabal aprecio de su persona, y diérase carpetazo a su proceso.

El de Rohan fué condenado a hacer una confesión pública del error en que estuvo, a pedir clemencia a SS. MM., a dimitir de todos sus altos cargos, y a ser proscripto de todos los lugares en donde se encontrase la Corte y a pagar una crecida multa.

La titulada condesa de la Oliva y Cagliostro, fueron absueltos.

El conde de La Motte, fué castigado con la pena de azotes, marca de fuego en el hombro izquierdo, y pena

de galeras por todos los días de su vida.

La condesa, alma de toda la intriga, fué también condenada a ser azotada, marcada con fuego, y recluída perpetuamente en la Salpetiere.

Cuéntase que cuando la infelice soberana conoció el fallo de la ruidosa causa, díjole tristemente a su camarista madama Campán.

—Bien podéis darme el pésame, amiga mía. Mi desgracia camina rápidamente hacia su desdichado fin; el miserable que ha querido perderme abusando de mi nombre y falsificando mi firma, ha sido enteramente absuelto. El efecto moral es el de que tenía razón. ¡Triste de mí! ¡Pobres hijos míos!

Y lloraba desoladamente, porque harto conocía, con esa maravillosa clarividencia que suelen tener las mujeres, que la carta fatal de su suerte estaba echada...

FIN DE LA NARRACIÓN

Diego San José.

En el próximo número se publicará el capricho literario, en cinco cuadros, prólogo y epílogo

EL AMOR EN EL TEATRO

original de

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

Aceites y grasas
-:- lubrificantes -:-

Insuperable para el engrase de los autos

SUCESORES DE

E. Steinfeldt

OLEO-MOTOR

Correas de transmisión y algodones para máquinas

Calle del Prado, núm. 15
Teléfono 984
MADRID

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

DEBILIDAD, NEURASTENIA
CONSUNCION, CLOROSIS
CONVALECENCIA

ANEMIA

VINO Y JARABE de Hémoglobine Deschiens

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre CURA SIEMPRE. Es muy superior á la carne cruda, á los ferruginosos, etc. Da salud, fuerza. — PARIS.

Fábrica de corbatas
Camisas, guantes - - -
- - - géneros de punto.
Elegancia, surtido y economía.
Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

ALREDEDOR DEL MUNDO
tiene un centro establecido en el «kiosco Colón», Plaza de Cataluña, frente al Paseo de Gracia.

ALMORRANAS internas ó externas, grietas, etc. etc. recientes ó cronicas. Absolutamente segura la curación con = **POMADA ANEMA = SMITH** = Ultimo adelanto de la ciencia medica // Millares de curaciones // Basta un solo tubo. No lo dude usted. Cinco Pesetas caja. Pida muestras gratis para convencimiento resultado.
MADRID. Gayoso = BARCELONA. Segalá = ZARAGOZA. Jordán = VALENCIA. Cuesta = MURCIA. Seiquer y principales farmacias.
Remítese mandando cinco Pesetas al Representante Pousarzes Marques Duero 84 - Apartado 481 Barcelona

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico; Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD